Jen — No digas desatinos.

Rob — ¡Desatinos! Verá usted, verá usted cuando lo sepa todo Eugenia. ¡Qué desencanto, qué tristeza, qué frialdad, qué lástima tan humillante! ¡Eso sí que no! . ¡Como hay un Dios que si me tiene lástima hago pedazos aquel cuerpo tan hermoso!

Jen — ¡No te puedo oir; eso es ya el delirio! ¡Un cariño verdadero resiste á todo, á la desgracia á la muerte!

Rob — ¡A la muerte, sí; al ridículo, no! Si Eugenia siguiera queriéndome, sería despreciable, tan despréciable como yo. Nuestros cariños nos elevan ó nos envllecen. Por un Dios clavado en una cruz, hay mártires en el circo, Se comprende. Por un mono que gesticula en lo alto de un árbol, ¿quién da su sangre sin ser de la grotesca familia? Yo le digo á usted que si Eugenia no me desprecia, la desprecio yo. Y si me desprecia.. ¡Oh! Entonces.. ¡entonces se acabó todo! Ojos que me miraban y no me miran, mano que me buscaba, y no me busca; cuerpo que á mí venía y me vuelve la espalda.. ¡Ah! Están pidiendo todas estas cosas otros ojos que se cierren, otra mano que se hiele y otro cuerpo que se desplome de espaldas en la fosa, volviendo para siempre la espalda á la tierra ingrata y maldita.

Jen — Pero, hijo mío, si no te dominas un poco, vas á perder el juicio

Rob — No, si estoy tranquiló otra vez. Se llega al límite; pues ya no se pasa: hay que volver á empezar.

Jen — ¿Y qué has decidido?

Rob — Esperar

Jen — ¿Esperar qué?

Rob — El efecto de mi contestación al periódico.

Jen — ¿Has contestado?

Rob — Esta mañana, y mi carta saldrá esta noche: ya andará por ahí.

Jen — A ver : á ver.. ¿Y qué dices?

Rob — Una carta curiosísima. (*Procurando recordarla.*) «Señor director: Ese don Julián Pedrosa que usted cita era mi honradísimo padre. Ese Roberto Pedorsa de que usted habla, soy yo. En efecto, se probó mi delito. En efecto sufrí condena.»

Jen — ¡Jesús!

Rob — Oiga, oiga: «Si la pena compensa el delito y lo purga, pues la sufrí, liquidé, Si la pena procura la corrección, ya estoy corregido: doce años de vida honrada lo pruebun. Si la pena es un seguro social. surtió sus efectos. Luego soy en este momento un ciudadano tan digno, tan honrado y tan respetable como cualquiera de ustedes, suponiendo que lo sean. Así lo entiendo yo: veamos si de este modo lo entiende la sociedad. Roberto Pedrosa »

Jen — ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué has hecho?.. ¡Tu deshonra! . ¡Tu ruina!..

Rob — ¡Qué remedio! Hay que decir la verdad,

Jen — (*Abrumado y cubriéndose el rostro.*) ¡Dios mío! Dios mío, qué desgracia!

Rob — Mejor.

Jen — ¡Qué vergüenza!

Rob — Mejor

Jen — ¡Qué catástrofe!

Rob — ¡Mejor todavía! Venga entera.. Lo que faltaba.. (*Observando que viene.*) ¡Eugenia!

Jen — ¡Dios mío! ¿Qué va á suceder?

ESCENA IV

ROBERTO, DON JENARO y EUGENIA

Eug — Pero, ¿qué le pasa á don Jenaro? ¿Qué tiene? ¿Se ha puesto malo? (*Dice esto acercándose á don Jenaro y dirigiéndose á Roberto.*)

Rob — Se apura por ese artículo en qne me ponen de oro y azul Cosas de la vida, Eugenia.

Eug — ?Otro artículo? ¡Qué infamia, Dios mío! Sí: el artículo que quiso leerme Mauricio. Pero yo no quise oirlo.

Rob — Es natural.

Eug — No se apure usted, don Jenaro, ¡Quién hace caso de indignidades! Nadie las lee.

Rob — Al contrario Las lee todo el mundo, menos usted, Eugenia Si esta es la naturaleza humana.

Eug — No diga usted eso: está usted muy alto.

Rob — ¡Pobre niña!

Eug — No se apure usted, don Jenaro.

Jen — Tiene razón.. No hay motivo . Me voy allá dentro.

Eug — Allá tiene usted á Rosario y á Fernanda.

Jen — Bueno, bueno. (Yo atajaré tu locura,) (*Aparte á Roberto.*)

Rob — (*Acompañándole y en voz baja.*) Si dice usted una sola palabra de mi secreto, si para salvar mi honra mancha usted la de mi padre.. don Jenaro, el hijo del suicida tiene instintos suicidas.. Ley de herencia. Se lo juro á usted por la salvación de aquel que todo lo dió por mí.

Jen — (¡Calla, calla, hijo mío! ¡Cómo salvarle, Dios santo!) (*Vase don Jenaro.*)

ESCENA V

EUGENIA Y ROBERTO

Eug — ¡Qué bueno es y cómo le quiere á usted!

Rob — Sí, es uno de los pocos que me quieren de veras.

Eug — ¡Ya empieza usted! ¿Es el único?

Rob — ¡Quién sabe!.. La casualidad, las circunstancias, no mi propio mérito, han dado cierto brillo á mi nombre. Y al rededor de la llama esplendorosa, siempre revolotean insectos y mariposillas también. Pero la luz se apaga, y alrededor del humo nauseabudo y de la mecha carbonizada, ¿quién revolotea?

Eug — (*Mirándole con los ojos muy abiertos.*) ¿Y qué quiere decir eso?

Rob — Nada; locuras mías. No me haga usted caso. Yo no quiero que Eugenia esté triste. ¿Cómo podría yo hacer que Eugenia fuese muy feliz?

Eug — ¿No sabe usted cómo? Tanto talento para los demás y

para mí tan torpe. ¿Conque no sabe usted como?

Rob — Eugenia, ¿me querría usted aunque yo fuese malo, muy malo, pero con maldad ruin: un ser abyecto?

Eug — ¡Ay, qué cabeza, Dios mío! Unas veces dice usted que es usted muy bueno. Otras veces jura usted, por todos los santos, que es usted un mal hombre, y toma usted á punto de honra el que yo le odie y le desprecie. Pero, ¿es que los sabios son todos ustedes locos de atar?

Rob — ¡Si yo pudiera hacer ante usted confesión general!

Eug — Pues mire usted: es una idea. Confiésese usted conmigo, y yo le diré, con franqueza, si es usted bueno ó malo.

Rob — ¡Qué niña!.. ¡Qué ángel!.. ¡Qué consuelo!.. ¡Qué desesperación!

Eug — (*En broma; pero aunque siempre habla con Roberto en broma, en el fondo hay cierta ansiedad.*) No se haga usted el distraído. Sí, sí, á confesarse, pero de verdad. Yo pregunto, y usted contesta. Siéntese, hermano, y haga examen de conciencia. ¿Quiere?

Rob — ¡Eugenia, delicia mia, tormento mío, yo querré siempre lo que usted quiera! ¡Niños, siempre niños! Al borde del abismo jugando al corro. (*Se deja caer en un sillón, junto á Eugenia y oculta la cabeza entre las manos. Pausa.*)

Eug — El examen de conciencia. Así, (*Mirando fijamente á Roberto, que levanta la cabeza.*) así.. así me gusta: mucha contrición y mucho dolor de haber ofendido á Dios. Tiene los ojos llenos de lágrimas.. Eso está bien.. Pero no llore mucho . que el confesor hace pucheros.

Rob — ¡Eugenia!

Eug — No me llame Eugenia: llámeme padre y empiece.

Rob — ¿Cómo va á ser?

Eug — Como son estas cosas.

Rob — (¡Pobre niña! No quiero amargarla éste capricho encantador. Demasiado pronto empezarán las lágrimas.) (*Siguiendose la broma, pero entre angustias horribles.*)

Eug — ¿Cree usted en Dios? ¿Ama usted á Dios, sobre todas las cosas? ¿Qué? ¿Duda usted? ¿Será verdad lo que dicen? ¿Que es usted ateo? (*En tono de terror, pero algo có-*

mico.) ¡Ay! ¡Por Dios! ¡No; me daría mucha pena!

Rob ¿Y ya no me querría usted?

Eug ¡Quererle, siempre! ¿No había de quererle á usted porque estuviese enfermo del alma? Sea usted lo que sea, piense usted lo que piense. Mi cariño no depende de mí. Es como si usted me preguntase: «Eugenia, si yo fuese ateo, ¿tendría usted los ojos pardos y el pelo negro como ahora» ¡Pues qué remedio! Los tendría; pero haria muy mal en tenerlos.

Rob Tranquilícese usted. No lo soy. Necesito creer. Creer en una justicia eterna, suprema. incorruptible: no como esta torpe y torcida de la tierra.

Eug Así, así. ¡Qué alegría! ¿Sigo, hermano?

Rob (*Procurando calmarse y sonreir.*) Siga padre.

Eug ¿Santifica usted las fiestas?

Rob Sí, las santifico,

Eug Doy fe. Siempre que yo iba á misa ó al sermón, la veía á usted.

Rob ¡Qué alegrias tan crueles estas alegrís! ¡Si usted supiese!

Eug Lo sabré todo si la confesión es sincera y completa; si no queda algo en algún rinconcito. Cuando en una confesión queda algún rinconcito obscuro, allí se acurruca el diablo.

Rob Siga usted.

Eug ¡Honrar padre y madre! ¿Honró usted y quiso á los suyos?

Rob Venero la memoria de mi madre, pero no la conocí, pero á mi padre, sì: le quise con toda mi alma; tanto como él me quería. Lo hubiera él dado todo por mí: vida y honra. ¡Por él, hubiera yo dado vida honra y felicidad! (*Conteniéndose.*) Eugenia, aquí si que no puede usted ponerme penitencia.

Eug ¡Lo ve usted, cómo va usted resultando muy bueno, El, cree en Dioo: él, santifica las fiestas: él honra padre y madre.. pero señor ¿qué más hacen los santos?

Rob Los santos gozan en el martirio, y yo me desespero,

Eug ¿Yo le martirizo á usted?

Rob Sí.

Eug ¡Nadie lo diría! (*Pausa. Con asombro y recelo.*)

Rob ¿Acabamos ya? ¿No le hace á usted más preguntas el confesor?

Eug Algunas más: pero sin importancia. Una cuaresma, un confesor muy severo, me preguntó con voz bronca:— «¿Tiene usted novio?» Diga usted, Roberto: ¿usted tiene novia?

Rob Y usted, ¿qué contestó?

Eug Y usted, ¿qué contesta? Porque ahora quien se confiesa, no soy yo; es usted.

Rob Yo digo que sí: ¡y que la quiero con toda mi alma!

Eug Vamos, eso ya merece una penitencia. pero no sé cuál. Se la preguntaré al padre.

Rob ¿A qué padre?

Eug Por de pronto al mío. Digo, si le parece á usted bien y usted me autoriza.

Rob ¡Sí; y yo también se lo preguntaré! Es forzoso concluir. ¡Basta de bromas encantadoras, deliciosas, pero horribles, crueles! Cree usted que tiene entre las manos un juguete, y lo que tiene usted, es un corazón que sangra; basta de niñerías. Acabe aqui la niña. Ha llegado el momento en que piense usted y sienta, y quiera ó aborrezca como mujer. ¡En serio! ¡En serio! Que usté no lo sabe, pero este es el momento supremo de su existencia de usted y de la mía.

Eug Yo también sé ponerme seria. A veces parece que hablo en broma, pero por dentro sufro mucho. Cuando usted dice esas cosas tan desesperadas, por algo será. ¿Cree usted que no lo comprendo? Es decir.. yo no comprendo lo que pueda ser.. pero bien veo que es algo. Es como si en la oscuridad me apretasen el corazón. ¿Es una mano? ¿Son unas tenazas? ¿Es un torniquete? ¡No se, pero sé que me ahogo! Y no sé más, no se más que sufrir y querer.. Yo no tengo más que esta idea, no sé si es de niña ó de mujer, ó de qué: «¿Roberto no me quiere? ¡quiero morirme!»

Rob ¿Si yo la quiero á usted?.. ¿Si yo te quiero?.. ¡Ah, lo que dice! ¡Eugenia' si yo me muero antes que tú y no he podido besarte, bésame, Eugenia, que muerto ó vivo, ese será el cielo para mí!

Eug ¿Y si soy yo la que me muero antes?

Rob — Entonces yo.
Eug — Pues sea.
Rob — ¡Y entre tanto, si me ve usted subir á un calvario de ignominia, no me vuelva usted la espalda! Aunque sea para escarnecerme, vaya usted conmigo.
Eug — ¡Ah, Roberto! ¡No me diga usted eso!.. ¡No lo merezco! Yo sé querer.. sé querer más que usted.. porque usted, con todo su talento, duda.. y yo no dudo.. ¡yo amo y creo! con lágrimas de niña.. ¡pero con voluntad tan grande, tan grande!.. ¡la voluntad, ya la quisiera usted como la mía! (*Cae llorando en los brazos de Roberto.*)
Rob — ¡Eugenia!

ESCENA VI

DICHOS Y MAURICIO

Maur — ¿También se han recibido hoy malas noticias? Perdone usted, Eugenia: lo digo porque esos divinos ojos tienen brillo de lágrimas.
Eug — Si no he recibido malas noticias, no será porque no hayan querido dármelas.
Rob — Nunca faltan almas caritativas.
Maur — Ni amigos leales; lo digo, deponiendo toda modestia.
Rob — La lealtad es probada en usted.
Maur — Me complace que usted lo reconozca.
Eug — Y á mí me complacería que mudásemos de conversación.
Maur — Pues yo sospecho, que ha de complacerle más que sigamos hablando sobre el mismo asunto. Para mí, es un deber de conciencia.
Eug — ¿Por qué?
Maur — Porque está probado, que las afirmaciones de aquel periódico, que quise leerle á usted, y que usted no quiso oir, son calumniosas.
Rob — ¿De veras?
Maur — Sin género de duda.

Rob — ¿Es ironía?
Maur — Hablo seriamente: palabra de honor, No quiso oirme Eugenia: acudí á su padre: le acusé á usted en forma: tuvo usted buen defensor. Se desvaneció la calumnia, y ante la evidencia, me inclino respetuoso.
Eug — A Roberto.) No: si Mauricio siempre ha sido bueno.
Maur — Mil gracias, Eugenia. En cuanto á usted, señor de Pedrosa, si no se da usted por satisfecho, me tiene usted á sus órdenes. Una reparación no la niego nunca.
Rob — En vez de la reparación que usted me ofrece, voy á pedirle á usted un favor.
Maur — Concedido de antemano. (*En voz baja.*) (No siendo que renuncie á Eugenia.)
Rob — (No es eso. Esas cosas no se piden por favor.)
Maur — (Ni se conceden)
Rob — (Naturalmente.) Eugenia, sea usted tan amable como el Vizconde: concédamé usted otro favor.
Eug — ¡Concedido también! (*En voz baja.*) (No siendo que renuncie á mi cariño.)
Rob — (No es eso. Eso no lo pediría yo nunca.)
Eug — (¡Ni lo concedería yo jamás!)
Rob — Señor Vizeonde, ruego à usted que lea á Eugenia ese artículo en que tan mal me tratan, y ademas, mi contestación, que en estos momentos.. habrá salido á lá calle. Y yo, le ruego á usted, Eugenia, que oiga usted la acusación y la defensa.
Maur — Como favor, estaba concedido. Como reparación, es de justicia ¡Eugenia decidirá!
Eug — ¡No, por Dios! ¡Yo no quiero oir esas cosas!
Rob — ¿No quiere usted someterse á esta prueba? ¿Teme usted por mí, ó teme usted por sí misma?
Eug — No sea usted así, Roberto,

ESCENA VII

EUGENIA, ROBERTO Y MAURICIO: DON LEANDRO Y DON MARCOS. Estos dos vienen de la calle muy excitados

Lean — ¡Esto es intolerable!
Marcos — ¡Repugnante!

Rob ¿Qué tienen ustedes?

Lean Que esta sociedad ha perdido sus polos, que está total, íntegramente, despolarizada. (Se podrá decir despolarizada?) Que ya no se respeta nada. Y que donde no basta el respeto moral, se impone el respeto á estocadas.

Eug ¿Pero qué ha ocurrido?

Marcos Pedrosa.. soy su amigo de usted. Pues yo le digo, que á ese articulista.. Pedrosa, hay casos en que el castigo á sangre se impone.

Eug No, eso no, Siempre está usted empeñado en que se batan los demas.

Marcos ¿Usted qué opina, señor Vizconde?

Maur Que este no es caso de desafío, Yo puedo cruzar hierro ó plomo con una persona de mi clase y de cierta dignidad. aunque no sea mucha: no seamos exigentes. Pero yo no puedo mandar mis padrinos ni al perro que me ladra en una calleja, ni al borracho que me tropieza entre groserías al salir de una taberna, ni al tahur que me insulta al desmbocar de un garito, Para estos casos se fabricaron expresamente los agentes de Orden público.

Eug Muy bien, Mauricio, muy bien. Hoy está usted delicioso.

Marcos Eso va en opiniones.

Rob Pero, ¿qué hay de nuevo?

Marcos Que ahora mismo, al pasar por la puerta del Sol, hemos oido vociferar á un enjambre de chicuelos y de mujeres: «¡*La Maza de Fraga*, con la carta del diputado Pedrosa!» ¡Una carta supuesta! Nosotros no hemos querido leerla.

Lean ¡Una superchería! ¡Suponer que usted les ha cotestado! ¡ponerse al habla con el cieno social! (Esta frafe sí que le gustará á don Perfecto.)

Rob Pues, mis queridos amigos, lo siento mucho, porque la carta es mía.

Lean ¿De usted?

Marcos ¡Por Dios!

Rob Ni más ni menos.

Marcos Pero, ¿por qué ha hecho usted eso!

Lean ¡Descender usted á defenderse, y ante semejante tribunál!

Rob Estará mal hecho, pero está hecho.

Lean (*Dándole la mano.*) Mal hecho; pero cuente usted conmigo.

Marcos (*Lo mismo:*) Mal hecho; pero la amistad no tiene límites.

Rob Mil gracias, señores. Sé la amistad que les debo, (Eugenia, ¿no quiere usted leer, al menos, mi contestación? Es la única prueba á que someto su cariño. Si vacila usted es que la duda ha mordido en su corazón.)

Eug Vamos. Mauricio. Quiero complacer á Roberto. Volveré después.

Rob ¿Y si no volvíese usted?

Eug Volveré.

Maur Estoy á sus órdenes. (¿Le ama usted mucho?)

Eug (¡Mucho!)

Maur (¿Con toda el alma?)

Eug (¡Con toda!) Vamos pronto.

Maur Pase usted, (*Salén.*)

ESCENA VIII

ROBERTO, DON LEANDRO y DON MARCOS; después, por la derecha, FERNANDA, DOÑA ROSARIO y DON JUAN

Lean Amigo Pedrosa, á pesar de sus opiniones avanzadas, reconozca usted que la letra de imprenta necesita un correctivo.

Rob Ya lo tiene.

Marcos ¿En dónde?

Rob En sí misma.

Lean Es insuficiente.

Rob No hay otro.

Marcos ¿Pero el insulto?..

Rob Es tan antiguo como el hombre.

Lean ¿Y la murmuración?
Rob Es tan antigua como la mujer,
Lean Pero la calumnia necesita un freno.
Rob Sí lo necesita. Pero es bestia tan salvaje, que en sesenta siglos nadie ha podido enfrenarla. Se enfrena un potro, porque tiene cabeza en que sujetar un cabezón de serreta, lomos que oprimir y dos ijares en que clavar las espuelas. Pero no se enfrena ni el mar por lo inmenso, ni el aire por lo vagoroso, ni el miasma por lo sutil. Contra la calumnia en letra de molde ó en aliento humano. no hay más que esto: una conciencia limpia aqui abajo; una justicia eterna allá arriba, y la frénte muy alta y de frente á la sociedad.
Lean ¡Bien dicho!
Marcos ¡Qué hombre!
Juan Aquí no tiene usted más qué amigos y admiradores.
Ros No se olvide usted: el lunes almuerza usted con nosotros.
Rob ¡Señora!..
Lean Es compromiso formal.
Rob Todo lo que ustedes quieran. (¡Ya vuelve!) (*Viendo venir á Eugenia.*) (El momento decisivo de mi vida.)

ESCENA IX

ROBERTO, FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN: por la derecha, primer término, EUGENIA y MAURICIO. Eugenia viene pálida y vacilante, en fin, como la actriz crea que debe venir. Su primer ímpetu es precipitarse hacia Roberto. Pero le faltan fuerzas ó le falta valor, y cae en un sofá. Mauricio queda en pie, á su lado ó detrás del sofá. Toda esta escena hay que hacerla con mucha naturalidad, con mucha verdad, con movimientos fáciles Cuando sea preciso, con intención Roberto habla con todos los que le rodean, se sonríe, parece indiferente, pero no quita la vista de Eugenia

Rob (¡Se acerca!.. ¡No se acerca!..) (*Mirando á Eugenia.*)
Juan (*Separándose del grupo y mirando alrededor.*) Me parece que estamos todos. No, falta don Jenaro.)Toca un timbre y aparece un criado.) Que avisen á don Jenaro. (*Sale el criado. Se vuelve don Juan y repara en Eugenia.*) ¡Eugenita!.. Pero, ¿qué tiene Eugenia? *Se acerca á ellá afanoso: los demás, sin atenderle ni oirle. rodean á Roberto, la conversación es cada vez más animada.*) ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te has puesto mala? (*Eugenia no le contesta: le mira con los ojos muy abiertos y muy espantados.*) Pero, ¿qué tiene esta criatura? (A *Mauricio, el cual tiene un periódico én la mano.*) ¿Le has dado algún disgusto?

Maur Yo, no. Ha leído esto (*Dándole el periódico. Todo esto en voz baja.*
Juan ¿Y qué es esto?
Maur La contestación de Roberto.
Juan ¡Ah!.. ¡A ver, á ver! (*Buscando con afán en el periódico. Mauricio le señala dónde.*)
Eug (A *Mauricio.*) ¿Habremos leído mal?.. Yo no veo claro. Tengo una nube ante los ojos.
Maur Su padre de usted nos lo dirá. (*Eugenia sigue con la vista á su padre.*)
Juan ¡Jesús: Jesús! ¡Qué vergüenza!.. ¡Qué desdicha!.. (*Se separa algunos pasos y se apoya sobre una mesa, Maquinalmente se lleva el periódico.*)
Maur Hemos leído bien. (*Señalando á don Juan. eu quien es visible la emoción.*)
Eug (Entonces No sé.. no sé ¡Dios mío, qué es esto.)
Juan ¡Pero si esto no es posible! ¡Si yo he leido mal! Si yo he comprendido mal! ¡Si en esta carta debe haber un doble sentido! ¡Calma! ¡Calma! No nos precipitemos. A ver.. A ver . (*Vuelve á leer de nuevo el periódico, pero á cierta distancia de Eugenia y Mauricio.*)
Eug (A *Mauricio.*) También él duda. (*Señalando á su padre.*)
Maur ¡Veremos si se convence!
Fern (*En el grupo de Roberto.*) Pues nosotras no somos de la opinión de usted, señor de Pedrosa; por la primera vez disentimos de nuestro jefe, ¿verdad, Rosario?
Ros Esta es nuestra primera disidencia. Ha hecho usted mal, muy mal en contestar.

Marcos — Esta vez se queda usted solo: abandonamos al jefe.

Lean — Le abandonamos. (*Todo esto riendo.*)

Fern — Y nos llevamos la bandera (*Ella y doña Rosario se separan riendo y bromeando del grupo, y vienen hacia el centro sin cesar de hablar. Se oyen frases como esta.*)

Ros — ¡Si, hija, sí!. ¡Lo digo de veras! ¡Ha hecho muy mal!.. (*Etcétera. Don Leandro y don Marcos se quedan hablando con Roberto.*)

Rob — (*A don Leandro y á don Marcos.*) ¡Todos me van abandonando!.. (¡Ella también!) Esta visto.

Lean — (*Con severidad cómica.*) Usted se lo ha ganado, señor de Pedrosa.

Rob — Empieza la marea menguante: Esta es la vida.

Eug — (¡No!.. ¡Esto es un sueño!.. ¡Esto es una pesadilla! (*A Mauricio.*) Le van dejando. ¡Lo saben ya!)

Maur — ¡Es posible!

Eug — ¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad!

Fern — (*Acercándose con doña Rosario á don Juan, que lee por tercera vez la carta. Acabó de leerla la segunda vez, y se quedó con la cabeza entre las manos. Y empezó por vez tercera.*) ¿Qué lee usted, señor don Juan? (*Los tres están en segundo término.*)

Ros — (*A Fernanda.*) ¿Será la carta de Roberto?

Fern — ¿Es la carta?

Juan — ¡Si, ahí está! (*Con profundo abatimiento. Los dos se ponen á leer al mismo tiempo. Fernanda tiene el periódico; doña Rosario se acerca á ella y va leyendo á la vez.*)

Eug — (*Volviéndose hacia Maurício.*) ¿Usted cree en eso que ha escrito Roberto!

Maur — ¿Quién ha de contestar? ¿El enamorado ó el caballero? Porque el enamorado dirá ¡Sí!

Eug — ¿Y el hombre de honor?

Maur — ¡No!

Eug — ¡Gracias, Mauricio! (*Estrechándole la mano con las dos suyas, con efusión.*)

Rob — (*Que lo ha observado.*) ¡Oh! ¡Qué expansión! Já,. já, já! (*Riendo con risa estridente.*)

Lean — ¿Le hacen á usted reir estas cosas?

Rob — ¡Es natural!

Fern — (*Leyendo.*) Pero, Rosario, ¿qué es esto?

Ros — ¡No sé, hija, no sé; se habrá vuelto loco!

Fern — ¡Virgen de los Desamparados! (*Siguen leyendo los dos.*)

Ros — Es preciso que Leandro lo sepa.. ¡Leandro!.. (*Llamando en voz alta.*) Con el permiso de esos señores.. haz el favor.

Lean — ¡Pues vendrá el conflicto! ¡Créanlo ustedes que vendrá¡ Los conflictos son insustituibles. (*Dice esto separándose de Roberto y de don Marcos.*)

Ros — ¿Leandro?

Lean — Ya voy, hija. ¿Qué querías? (*Fernanda y doña Rosario le hablan con animación y le dan el periódico.*)

Rob — (Ya circula!.. ¡Ya circula!.. ¡De mano en mano!.. ¡Qué aprisa! ¡Y el qué se va no vuelve! ¡Ni Eugenia!)

Marcos — Se ha quedado usted pensativo. amigo Pedrosa. A veces don Leandro dice cosas que hacen pensar.

Rob — ¡Mucho, mucho!

Lean — (*En el grupo de don Juan, Fernanda y doña Rosario, leyendo el periódico.*) Pero señor, esto es increible. Don Juan, ¿qué dice usted?

Fern — El pobre don Juan está muerto.

Lean — ¡Don Marcos! (*Llamandole en voz alta.*) Una palabra.. con permiso.

Rob — Vaya, vaya usted..

Marcos — (*Acercándose al grupo de don Juan, Fernanda doña Rosario y don Leandro.*) ¿Qué deseaba usted, don Leandro? (*Todos le radean y le hablan, mostrándole el periódico. Todos, menos don Juan, que está entre ellos, pero iimóvil.*)

Juan — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Eugenia!

Eug — (¡Solo! . ¡No! sea verdad, sea mentira, no quedará solo. ¡No, Roberto, no; eso no!) (*Sé levanta con impetu, pero luego se acerca á Roberto con lentitud, apoyándose en los muebles Roberto, inmóvil; los dos se miran fijamente; ella avanzando. Todo esto queda encomendado á los actores.*)

Maur — ¡Qué corazón tan grande tiene esa niña! ¡Qué lástima no sea mío!

Criado — (*Saliendo.*) ¡El señor está servido!

Juan (*Al ver que Eugenia se va acercando á Roberto le cierra el paso apresuradamente; deteniendola.*) ¡Hija mía. ¡nos llaman! (¡Ten valor; la situación es imposible!)

Eug (¡Tendré valor; ya verá usted!)

Juan Don Leandro, tenga usted la bondad de ofrecer el brazo á Fernanda. Usted don Marcos, á Rosario. (*Así lo hacen.*) Mauricio, dale el brazo á tu prima. (*Mauricio se acerca y le da el brazo á Eugenia.*) Los demás iremos solos. (*En este momento entra don Jenaro.*) No.. yo con usted. (¡No puedo sostenerme! ¡Qué trance Dios mío!) (*Se apoya en don Jenaro.*)

Jen (¡Don Juan!)

Juan (¡Luego, luego hablaremos!..) Pues cuando ustedes gusten. Pasen. pasen. (*Movimiento de todos hacia el comedor. Eugenia vuelve la cabeza y mira á Roberto. Roberto en pie, inmóvil, como estaba.*)

Eug (¡Le dejan!.. ¡Todos le dejan! ¡Yo no!) (*Soltándose del brazo de Mauricio.*) Perdone usted, Mauricio. ¡Qué dictracción, papa! (*Riendo: fingiendo alegria; como la actriz quiera.*) ¡Esta comida era en honor de los triunfos de nuestro buen amigo. y le dejamos solo! ¡No, no está bien! ¡Qué tornadizos somos y qué ingratos! Roberto, ¿quiere usted darme el brazo? (*Acercándose á él; todos se detienen á la puerta del comedor y corre un murmullo.*)

Rob ¡Eugenia! (*Acercándose á ella con suprema alegria.* ¡Eugenia, buena memoria! ¡el alma se lo agradece! Con) *teniéndose.*) ¡Pero, no es posible! Debo retirarme. Con el permiso de ustedes, debo retirarme. (*Todos respiran como si se les quitase un peso de encima. Esto muy poco marcado.*

Juan Si no se siente usted bien.. lo deploramos.. pero no quisieramos violentarle.

Rob Mil gracias Pues con su permiso (*Hace un movimiento para retirarse.*)

Eug Con el mío, no.

Juan Eugenia, no seas niña.

Eug Ya no lo soy. Me lo han prohibido: ¿verdad, Roberto? No es capricho de niña, es mandato. Yo obedeci antes:

obedezca usted ahora. El brazo, Roberto. (*Todo esto, dicho con los matices que la inspiración dicte: seriedad, tristeza, terquedad de niña, etc*)

Juan ¡Por Dios, hija! No molestes al señor de Pedrosa.

Eug ¡Ah! ¡Son ustedes egoistas, muy egoistas! Hace poco rodeaban ustedes al señor de Pedrosa afanosos y entusiastas; pero se abrieron esas puertas. (*Las del comedor.*) despertaron nuevos apetitos y cayeron sobre Roberto las tristezas del abandono. ¡Yo no soy así: yo sí que soy de los fieles, de los leales, Roberto! De los que siempre creen, de los que siempre.. siempre estarán orgullosos con su afecto de usted. Aho a me da usted el brzo, y luego me acompaña usted al Teatro Real, que en nnestro palco tiene usted puesto de honor.

Juan ¡Eugenia! (*Con energia, casi con acento colérico.*)

Rob No tema usted, don Juan. Yo soy de los que saben agradecer: no soy de los que saben abusar. (*Sin poder dominarse.*) ¡Eugenia, hay dolores horribles que son dulzuras divinas! ¡Hay momentos en que nada hay más parecido á un cielo que un infierno! ¡Hay abismos que parecen cúspides: todo consiste en darles la vuelta! ¡Perdonen ustedes! Tenga usted compasiòn de mí, Eugenia. Adiós.

Eug ¿Hasta cuándo?

Rob ¡Hasta cuando Dios quiera!.. ¡si quiere!

Eug ¡Sí querrá!

Rob ¡El lo sabe!

Eug Y yo también. ¡Adios!

Rob ¡Adiós!

Jen ¡Roberto!.. ¡Hijo mío!.. (*Encontrándole en la puerta de salida.*)

Rob ¡No; gracias, don Jenaro; solo, solo con Dios y con ella!

Eug Ya quedaron ustedes libres. Podemos entrar. ¡El brazo, Mauricio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO